

## XXIV.

La misma tarde en que el paquete de cartas llegó á manos de Andras, arrebatándole su dicha y destruyendo su fe, el príncipe húngaro se presentó en la calle de Aumale resuelto á bofetear á Miguel Meuko.

¡Meuko! ¡Aquel muchacho á quien él quería casi como á un hermano! Aquel hombre para el cual había soñado toda clase de glorias, Miguel Meuko le había engañado como el ser más miserable, y herido con la perfidia de un cobarde. Sí, le había herido en el preciso momento que la herida había de ser más atroz, á la salida de la iglesia, cuando el mal era irreparable, cuando ya era demasiado tarde, entonces fué cuando corrió á decirle:

—¡Mi querido príncipe, esa mujer que amais, esa mujer á quien vais á hacer vuestra esposa, ha sido mi querida!... Sí, mi querida. Y en prueba de ello, tomad, leed, leed y vereis cuánto me amaba.

Si en aquel momento Miguel hubiese estado al alcance de las robustas manos de Andras, seguramente éste le hubiera estragulado sin vacilar...

El príncipe no encontró á Meuko en su casa.

—El señor conde se marchó ayer—le respondió el criado.

—¡Ayer!... ¿A dónde se ha ido?

—El señor conde ha debido embarcarse hoy en el Havre para New York... El señor conde no nos ha dicho, por lo demás, á dónde iba fijamente... A América... No sabemos... Pedro, el cochero, y yo sabemos únicamente que el señor conde no volverá á París... Sin embargo, continuamos á su servicio... Esperamos sus órdenes...

Después de vacilar un poco, el criado añadió:

—¿Vos no sois, monseñor, el príncipe Zilah?

—¿Por qué esa pregunta?—repuso Andras.

El criado adoptó una actitud humilde, pero que parecía sincera.

—¡Ah! lo digo porque si monseñor recibiese noticias del señor conde referentes al paquete que esta mañana he llevado á Maissons-Laffitte para su excelencia...

—¿Qué?—replicó Andras.

—En este caso yo rogaría á monseñor que dijese al señor conde que sus ordenes quedaron cumplidas ayer tarde...

—¿Ayer tarde? ¿qué significa esto?... A ver explicaos—dijo el Príncipe en tono seco.

—El señor conde, al marcharse, me recomendó efrazmente que llevase á monseñor el paquete ayer tarde mismo... Monseñor me perdonará... estaba convidado... una comida de boda... y por esto no he cumplido hasta esta mañana las terminantes ordenes del señor conde... No habiendo encontrado á su excelencia en su hotel,

en París, sin perder tiempo tomé el tren de Maissons, á fin de desempeñar mi comision más pronto. Confio en que, á pesar de todo, no habrá llegado demasiado tarde... ¡Oh! el señor conde manifestó mucho interés en ello, y si supiera... yo sentiria muchísimo que tuviera motivo para reprenderme por alguna cosa. Cada uno tiene su amor propio.

Andras; sin separar la mirada del criado, le escuchaba algo alterado y confuso de tomar parte en aquella especie de investigacion.

—Segun eso, el conde Meuko queria que aquel paquete se remitiera ayer tarde mismo.

—Yo suplico á monseñor que no diga al señor conde que sus ordenes no han sido obedecidas.

—¡Ayer?—repitió Andras.

—Ayer, sí, monseñor. Mi amo el señor conde se ha marchado confiado en que seria obedecido... y verdaderamente debía de confiar... porque yo soy muy exacto en mis deberes, muy exacto... Y si el señor necesita algun dia...

El príncipe hizo una señal al criado, que parecia dispuesto á continuar, para que callase. Le repugnaba á Andras que aquel hombre se mezclase en un secreto de su vida ¡Y qué secreto! Sin embargo, á juzgar por su humilde actitud, el criado ignoraba la importancia de su comision.

Una palabra más que hubiese cambiado con aquel criado, Andras se hubiese arrepentido de su humillacion. De aquellas confesiones del criado se deducia que Menko no habia pretendido insultar su dicha, sino hacer aquellas re-

velaciones antes de que el matrimonio se hubier a celebrado. Esto era atroz, pero no era tan cobarde. Meuko se habia propuesto atacar á Marsa más bien que á Andras, como lo probaban las ordenes precisas dadas al criado. ¡Y que casualidades tan fatales hay en la vida! ¡Una broma entre criados hizo que por algunas horas estuviese en manos de un cualquiera su felicidad, su honor, el honor de Andras Zilah, el honor de toda su raza!

El príncipe volvió á su casa, decidido á no acordarse en lo sucesivo de Marsa, considerándola muerta, y á poner en juego todos los medios posibles para averiguar el paradero de Meuko y... castigarlo. Pero, ¿cómo dar con él en medio del torbellino de aquel Nuevo Mundo? Pasados los dias llegó á tener la casi certeza de que Meuko no habia embarcado en el Havre. Quizá no habia salido de Europa, y el mejor dia, por más que hubiese dicho lo contrario á sus criados, apareceria en París. Y entonces...

Entretanto, el príncipe hacia una vida retraidísima, buscando en la soledad de su hotel de la calle de Balzac el consuelo á sus decepciones, recibiendo únicamente á Varhely, á quien algunas veces hacia víctima de su mal humor, tratándole con aspereza.

De pronto, salia de aquel ostracismo voluntario y concurría á las reuniones del comité encargado de distribuir socorros á los emigrados húngaros, al teatro, á la casa de la misma baronesa Dinati, á todos los puntos en que pudiera ser visto, presentándose con la cara alta y como desafiando á la opinion, dispuesto á castigar al

que tuviera la osadía de reirse ó de murmurar significativamente en su presencia.

La curiosidad de las gentes—y en particular aquel París exótico que constituía la sociedad del príncipe—pretendió pronto indagar la causa á que se debía aquel brusco rompimiento de Andras con la mujer á quien se había unido por amor, pero su misma ligereza hizo que no tardase mucho tiempo en fijar su atención en otro suceso cualquiera, olvidando la separación de Marsa y de Andras, á quien, después de todo, aquel mundo superficial que acostumbraba á tratar en broma hasta los asuntos serios, le respetaba como á un hombre superior, considerándolo como un alma elevada.

¡Alma elevada, sí, pero alma en pena! Solo Varhely podría decir hasta qué extremo sufrió Andras, á pesar de que nunca dijo una palabra á su antiguo y sincero amigo de cuáles fueran los motivos de su tristeza. Por lo mismo que Yanski nada sabía, sus sospechas se fijaron con insistencia en lo único que á su juicio podía haber provocado aquel estado de cosas, y dándose con rabia una palmada en la frente, se dijo:

—¡Sin duda eran cartas de amor, y yo mismo, inconscientemente, sirviendo á un miserable, las he hecho llegar á manos de Andras! ¡Qué estúpido soy! Pero, ¿quién podía calcular que Meuko, un hombre de honor, era capaz de tal infamia? Y, ¿quién se acuerda del honor cuando hay de por medio una mujer? ¡Imbécil! Ahora la cosa no tiene ya remedio.

Por su parte, también Varhely dió pasos para

enterarse del punto donde se hallaba Miguel Meuko. En la embajada de Austria-Hungria no tenían conocimiento de ello. La desaparición era completa, quizá se habría suicidado. Para no aumentar la pesadumbre de Andras, Yanski, misántropo por naturaleza, se esforzaba en dominar su temperamento, acallando su mal humor y su bilis, excitada por el recuerdo de los deplorables sucesos.

Poco á poco, por natural propensión, Zilah se abandonaba llegando á un estado en el que, como si sobre su alma flotasen negros nubarrones, sumido en la amargura, no solo aparecía indiferente á todo, sino que anhelaba con impaciencia un nuevo motivo de dolor para lanzar gritos más amargos y prorrumpir en desesperadas quejas contra el destino.

A Zilah le hacía sufrir más que nada la indignación con que su lealtad se sublevaba contra tantas infamias como veía en este mundo en el cual creyó siempre encontrar virtudes. Entonces se motejaba de mentecato y necio por haber acariciado tantas ilusiones en su vida, que resultaban ser una mentira. Fé, entusiasmo, amor, amistad, todo era mentira.

Pero luego, sobreponiéndose su bondadoso corazón, decía, más apaciguado ya:

—Sin embargo, no porque haya habido un hombre cobarde y una mujer traidora, se puede recriminar á la humanidad entera.

Después de todo, descartados Marsa y Meuko, él no tenía motivo de odiar á nadie, no sabía que tuviese ningún enemigo, y en París, su nueva

patria, era altamente considerado entre la sociedad más distinguida.

¿Ningún enemigo?

No, ninguno. Y no obstante, una mañana, al entrarle su criado el correo, entre varias cartas le entregó un periódico con faja, dirigido al «príncipe Zilah» que, al desdoblarlo, llamó la atención de Andras por dos sueltos que aparecían señalados con lápiz rojo como queriendo significar que en ellos se trataba de algo referente a su persona. Era un número de *La Actualidad*, que ignoraba quién podía remitirlo.

Andras recibía muy pocos periódicos, y al ver aquél, su primer impulso fué el de echarlo al cesto después de que ya lo había estrujado entre sus manos. Algunas palabras que casualmente llegó a distinguir en aquel impreso: «manicomio... caso de locos...», y la inicial de su nombre, le hicieron variar por completo de parecer.

Con penetrante dolor al principio, y luego con rabia amenazadora, leyó aquellos dos sueltos colocados á continuación, y como complemento uno de otro.

«De una triste nueva—decía el primero—que tiene afligida á la colonia extranjera, de París, y en particular á la simpática colonia húngara, tenemos que dar cuenta á nuestros lectores. La distinguida y encantadora princesa Z... cuya soberana belleza acababa de realzar el brillo de una corona gloriosa, ha sido trasladada recientemente, por acuerdo de los príncipes de la ciencia (en todos los estados sociales existen

príncipes), á la casa de salud del doctor Sims, en Vaugirard, rival de la célebre casa del doctor Luys, en Jory. Esperamos, en union de los numerosos amigos del príncipe A. Z... que la repentina enfermedad de la princesa Z... será de corta duracion.»

Segun esto, Marsa era pensionista y estaba como prisionera del doctor Sims, cumpliendo las órdenes del doctor Fargeas. Andras no podía menos de sentir un resto de lástima al imaginarse á aquella desgraciada en una casa de dementes, livida, inmóvil y con la mirada extraviada propia de los locos.

A este primer suelto seguía el otro, entre los «Ecos de París», señalado también con lápiz rojo, y que Zilah, impulsado por una invencible curiosidad, leyó sin detenerse.

Un grito de rabia se escapó de sus labios cuando leyó impresa en él, entregada á la vulgaridad, sirviendo de pasto á la insaciable maledicencia y de objeto de escándalo á los necios, una alusión directa á su casamiento, más todavía, la historia misma de su matrimonio odiosamente relatada á continuación de aquella noticia en la cual figuraba su nombre de un modo tan groseramente intencionado.

Después de referir la enfermedad de la princesa Z... el redactor del periódico relataba una historieta picaresca en la que Andras veía, entregado á la publicidad y sirviendo de entretenimiento á las gentes ociosas, el secreto de su vida y puesta al descubierto la herida de su alma.

## UNA NOVELITA PARISIENSE.

«Como la mayor parte de las novelas parisien-  
ses del día,—decía el redactor de *La Actualidad*,  
—la novelita en cuestion es una novela exótica.

»Paris pertenece á los extranjeros. Cuando los  
parisienses de quienes se ocupan las crónicas no  
son americanos, rusos, romanos, portugueses, in-  
gleses, chinos ó húngaros, no se les considera  
como tales, no son ya «parisienses.» Los pari-  
sienses del día son parisienses del Prater, de la  
Perspectiva Newski, de la Quinta Avenida; no  
son genuinamente parisienses. Antes de diez  
años el boulevard estará situado en Chicago y  
se irá á pasar la noche en el Edén, teatro de  
Pekin.

Hé aquí, pues, la «novela parisien» del día.

»Había en París cierto gran señor moldavo ó  
valaco ó moldo-valaco (en una palabra: *parisien-  
se*, parisiense del Danubio, si se quiere), que se  
enamó de una jóven griega, turca ó armenia,  
tambien de París, morena como la oscuridad de  
la noche, bella como la luz del día. El gran se-  
ñor tenia ya algunos años, cuyo número era di-  
fícil fijar. La bella ateniense ó georgiana ó cir-  
casiana, era jóven. La opinion calificaba de im-  
prudente al gran señor. ¡El *despues* de la unión  
es de tal modo incierto! Pero ¡qué hacer cuando  
se ama? «Casáos»; «no os caseís», dice Rabelais  
en Moliere. Quizá hasta ellos dos lo decían. Así,  
que el gran señor se casó.

»Parece, si ha de darse crédito á las persona

bien informadas, que el *despues* puede algunas  
veces llamarse *antes*. Lo que resulta indudable  
es que el gran señor valaco y la bella georgiana  
no llegaron á pasar, despues de casarse, dos ho-  
ras bajo un mismo techo. El mismo día, sin que  
hubiese cuestion, sin escándalo y casi sin ruido,  
se separaron, y el problema de esta separacion  
que era una forma rápida y práctica del divor-  
cio, ha sido por mucho tiempo la preocupacion  
de la *high life*.

»Únicamente, más adelante, se notó que la  
separacion de los dos esposos habia coincidido  
con la desaparicion de un elegante agregado de  
embajada, á quien con mucha frecuencia, hace al-  
gunos años, se le veia caracolear por las inme-  
diaciones del Lago á las horas del *perul*, y que  
en aquella época pasaba por ser el mejor valsador  
de la colonia austriaca, moscovita ó cas-  
tellana de París.

»Si fuésemos indiscretos, podríamos crear un  
drama con estos tres personajes; pero nos pro-  
ponemos demostrar que los *reporters*, diferen-  
ciándose en esto de las mujeres, saben en ciertas  
ocasiones guardar un secreto.

»Para las aficionadas al baile que tal vez se  
interesan todavia por los finos bigotes retorci-  
dos del fugitivo ex diplomático, podemos decir,  
sin embargo, que el elegante valsador ha sido  
visto, no ha mucho, en Bruselas. Su aparicion  
fue un relámpago. ¡Ah, si lo hubieran sabido las  
devotas de Terpsicore!

»Algunos de los que le han visto han obser-  
vado que está muy pálido y como enfermo

todavía de las heridas recibidas hace algun tiempo.

»Cómo el marido de *Marianson dame jolie*, el gran señor valaco, habia por casualidad atado á la cola de su caballo al joven diplomático.

»En cuanto á la bella georgiana, dicese que está desesperada por la marcha de su marido, cumplido caballero, que á pesar de la aventura, siempre ha sido un principe distinguido.»

Rápidamente, Andras Zilah llevó sus ojos á la firma de aquel artículo. Los «Ecos de París» aparecian suscritos por *Puck*.

¡Puck!... ¿Quién seria aquel Puck? ¿Cómo un desconocido, un indiferente, un rebuscador de historietas, cometia la indiscrecion de lanzar á la publicidad aquellos hechos que Andras creia que no eran conocidos de nadie por constituir el secreto de su vida? Zilah llegó á creer que aquel *Puck*, aquel atrevido periodista, debía ser un cómplice ó un amigo de Miguel Meuko.

¡Ahora veremos si el señor Puck es tan difícil de encontrar como Meuko!

Iba ya á salir el Príncipe cuando anunciaron á Yanski Varhely. Venia algo alterado y frunciendo duramente el entrecejo.

Al ver sobre la mesa del despacho del principe el número de *La Actualidad* marcado con lápiz rojo, no pudo reprimir un movimiento de cólera.

Cuando Varhely no sabia qué hacerse una tarde, la dedicaba á pasear por los jardines del *Palais-Royal*, y luego, sentado bajo el toldo del café de la Rotonda, hojeaba rápidamente los periódicos de los distintos países, ingleses, es-

pañoles, italianos, dando, como él decia, una vuelta por toda Europa, cuyas lenguas poseia en su mayor parte.

Una hora antes, aquel dia, Yanski se hallaba entregado á esta distraccion, leyendo *La Actualidad*, cuando de pronto se le pudo oír un juramento de ira, un *teremetete*... húngaro, al tropezar precisamente con aquellos sueltos que al principe Andras se le habian señalado.

Varhely releyó dos veces aquellos párrafos hasta que se convenció plenamente de que en ellos se aludia con toda la claridad posible, al principe Zilah. Una idea asaltó instantáneamente á Yanski.

—¡Con tal de que Andras no tenga conocimiento de este artículo!... No acostumbra á leer mucho los periódicos... Seria preciso que se lo remitieran expresamente...

Y el viejo misántropo corrió al hotel del principe, pensando que no faltan gentes que se complazcan en enviar bajo sobre á los interesados sueltos de este género.

Pronto se convenció de que habia acertado, al ver sobre la mesa de Andras el periódico. Conociendo que ya llegaba tarde, se puso furioso:

—¡Qué torpe soy!—murmuró.—¿A dónde vais?—preguntó á Zilah, que estaba poniéndose los guantes y dispuesto para salir:

El principe cogió el periódico, lo dobló muy despacio y dijo:

—Necesito salir.

—¿Habeis leído ese periódico?

—Lo que está marcado.

—Debeis de saber que eso que dice no ha ocurrido. Esa es una hoja que no lee casi nadie... que se sostiene de los anuncios... de los negocios de Bolsa, Dios sabe de que... No hay, pues, razon para ocuparse de tal papel.

—No me ocuparia si solo se tratase de mí. Pero en el escándalo se ha mezclado el nombre de la mujer á quien he dado mi título, Quiero saber quién ha hecho esto y por qué?

—¡Oh, por nada, por entretenersel Porque ese caballero... ¿cómo se firma?... *Puck*, no ha encontrado otra cosa en qué gastar la tinta.

—Decididamente,—dijo Zilah,—es un absurdo pensar que el hombre puede vivir con ilusiones... La realidad salte á cada paso y nos salpica de barro sucio.

Y se fué hácia la puerta.

—¿Adónde vais?—preguntó Varhely.

—A las oficinas donde se escribe este papel.

—No cometeréis una imprudencia semejante. El artículo, que hasta ahora no ha hecho ruido, correria todo Paris si os ocupáseis de él, y en seguida sería comentado por los corresponsales de los periódicos austriacos y húngaros...

—¡Me importa poco!—dijo el Príncipe resueltamente.—Esa es su profesion. Yo quiero en todo y por todo cumplir con mi deber...

—Entonces os acompañaré.

—No—añadió Andras—os ruego que no hagais nada. Tal vez mañana me servireis de testigo.

—¿Un duelo?

—Justamente.

—¿Con el señor... Puck?

—Con el que me insulta ; su nombre me es indiferente. Puesto que *él* se me escapa y *ella* es irresponsable... y está castigada... considero como cómplice de su infamia á todo el que de palabra ó por escrito haga la más insignificante alusion... Por el pronto, mi querido Varhely, quiero estar solo... No os incomodeis, ya sé que en vuestras manos mi honor estaria tan fielmente guardado como en las mías.

—¡Indudablemente—dijo Varhely con cierto tono—y aun espero que ha de llegar un dia en que así os lo pruebe!

## XXV

El príncipe Zilah no se fijó en la manera especial con que Yanski había acentuado sus últimas palabras, y estrechando la mano á su amigo, subió al carruaje y se hizo llevar á las oficinas de *La Actualidad*, instaladas en un tercer piso de la calle Halevy, y que á juzgar por algunas señales, no hacía mucho tiempo.

Zilah vió una plancha de cobre con el nombre del periódico, y penetró en la casa. En la antesala se encontró con algunos mozos, y por una puerta entreabierta distinguió una habitación, en la que se veía una mesa larga con recado de escribir, que sin duda era el gabinete de la redacción general. Por allí no se veía ningún redactor; el periódico *se hacía* por la noche.

—¿No hay nadie que me atienda?—dijo el príncipe.

Un mozo le preguntó entonces si se trataba de la redacción.

—Claro es,—contestó Zilah.

—En ese caso, señor, el secretario os recibirá. ¿Teneis una tarjeta? O si os parece bien, anotad vuestro nombre en un pedazo de papel...

Así lo hizo Andras; el mozo desapareció por un corredor, abrió una puerta, y á poco volvió á aparecer, diciendo al príncipe.

—Si teneis la bondad de seguirme, Mr. Fresnin os recibirá.

Andras se encontró con un hombre amabilísimo, joven todavía, que estaba en un despacho sencillamente amueblado, escribiendo en aquel momento, y que despues de devolverle el saludo al visitante, le indicó que tomara asiento.

Zilah le contemplaba tranquilo y casi indiferente en apariencia, cuando por otra puerta frente á la que él había entrado apareció un hombrecillo elegante, moreno, con bigote retorcido, y á quien Andras miró superficialmente, pareciéndole conocerlo por haberlo visto no recordando donde. El recién venido vestía irreprouchablemente á la moda, llevaba bajo el brazo un baston con sus iniciales, y al extremo de un cordon de seda pasado por el cuello un monóculo redondo que completaba su tipo.

Tendiendo la mano al secretario, despues de saludar ligeramente á Zilah, que continuaba sentado, le dijo precipitadamente:

—¡Yada! no hay más que hablar; puesto que Tourillon no está, yo me encargo de hacer la revista de las carreras de Engien. Allá me voy. No deja de ser divertido Engien.... ¡En Engien no abundan las horizontales!... Pero todo todo está en el sacerdocio, ¿no es cierto?

—Daos prisa,—dijo Fresnin mirando al reloj;—no vais á llegar al tren.

—¡Oh! tengo abajo un coche.

Dió la mano á su compañero, se despidió y corriendo desapareció como arrastrado por el

torbellino, en tanto que Fresnin, volviéndose hacia Zilah, le decía:

—Dispensadme, caballero—mirándole como si esperase una petición cualquiera.

Zilah sacó del bolsillo el número de *La Actualidad* y dijo tranquilamente:

—Quisiera saber, caballero, á quién se pretende señalar en este artículo.

Y al decir esto señalaba con la uña de su dedo pulgar los párrafos alusivos y alargaba el período al secretario de la redacción.

Fresnin pasó una rápida ojeada por el artículo.

—Conozco el suelto—dijo,—puesto que aquí tengo el número... pero verdaderamente ignoro á quién puede referirse. Ni siquiera podría decir si cuanto en él se contiene es una historieta como todos los días se inventan...

—¡Ah!—dijo Zilah.—¿Y el autor del artículo lo sabe?

—Probablemente—respondió Fresnin sonriéndose.

—Entonces podreis decirme el nombre de la persona que ha escrito esto.

—¿No está firmado el artículo?

—Sí, lo firma un tal *Puck*. Esto no es un nombre.

—Un pseudónimo, en literatura es un nombre—dijo Fresnin.—Además, yo opino que siempre se tiene derecho á conocer la cara que se oculta bajo la máscara. Sólo que es preciso estar interesado en ello directamente. ¿Os atañe la historia de que me hablais, caballero?

—Supongámoslo—dijo el principe algo contrariado, porque al fin y al cabo estaba hablando con un hombre bien educado;—si, supongamos que el hombre de que aquí se trata, ó á quien más bien se insulta, sea mi mejor amigo. Tengo el deber de pedir una esplicacion al autor del artículo, y aun necesito saber si verdaderamente es un periodista el que lo ha redactado.

—¿Quereis decir?...

—Quiero decir, que puede haber alguien interesado en que este artículo haya salido á luz, y en este caso necesito conocerlo.

—Teneis razon, caballero; pero sólo una persona puede responderos á eso, y es el autor del artículo.

—Por eso mismo necesite saber su nombre.

—El no lo oculta—dijo Fresnin.—El pseudónimo sirve en este caso para estimular la curiosidad, pues por lo demás, *Puck* tiene su personalidad y con ella manos y lengua.

—Así lo creo—dijo Zilah.—Y en fin, ¿cómo se llama?

—Pablo Jacquemin.

Zilah conocia aquel nombre por haberlo visto al pie del artículo en que un *reporter* describía la fiesta que se celebró en el Sena á bordo del vapor; pero no podia creer que Jacquemin estuviera tan al corriente de aquella historia.

No obstante el mucho tiempo que hacía que vivía en Francia, Andras no se habia acostumbrado á mirar á Paris como una especie de provincia, en la que todo llega á saberse, aunque sólo sea por el afan con que todo el mundo trata de

averiguar, de adivinar, sólo por la vanagloria de aparecer bien informado.

—¿Ahora podreis decirme dónde vive Pablo Jacquemin?

—Calle Rochechouart, esquina á la de la Tour d'Auvergne.

—Gracias, caballero—dijo Andras, levantándose bruscamente, ya cumplido el objeto de su visita.

—Únicamente—replicó Fresnin—debo decirlos que si deseais ver á Mr. Jacquemin en su casa, no le encontrareis, al menos por el momento.

—¿Por qué?

—Porque hace un momento lo teniais delante, y ahora debe estar ya camino de Engien.

—¡Ah!—replicó el Príncipe.—¡Bueno, le esperaré!

Saludó á Fresnin, que le acompañó hasta la puerta, y en el coche volvió á leer los sueltos de *Puck*, de aquel *Puck* á quien ahora ya conocia perfectamente, recordando que la baronesa se lo habia presentado con su nombre de Pablo Jacquemin, y al cual hacía un momento oyó expresarse en el tono más desdenoso, como hombre habituado á toda clase de elegancias, cansado del lujo, hastiado de las fiestas de sociedad é indiferente á lo que no fuese *chic*, segun la frase corriente.

Zilah recordó que la baronesa tenía especial predilección por el tal Jacquemin, y temió que, siendo tan aturdida como era, fuese ella quien hubiera contado la aventura al cronista, facili-

tándole antecesentes para el artículo de *La Actualidad*.

—Y, sin embargo—se decia Zilah reflexionando,—estoy seguro que ni por ligereza ni con intencion, ha tomado parte la baronesa en esta infamia, ni ha dicho nada á este hombre...

Podia encargar á un amigo que exigiese á Jacquemin una explicación, seguro de que no se negaria á darla; pero Andras no buscaba la reparación, porque opinaba que una herida no lava la mancha; sino que, lleno de ira, ya que no podia ponerse frente á Meuko, ansiaba dar con alguno para descargar sobre él toda la rabiá reconcentrada de lo mucho que sufría.

Quería proporcionarse el placer de la venganza, y ya que aquel periodista parlanchin se metía en interioridades de su vida, con él se las habria, forjándose la ilusion de que tenia delante al cobarde fugitivo.

Y despues de todo, ¿quien le aseguraba que aquel Jacquemin no fuese el confidente de Meuko?

Varehly no hubiese reconocido en él al príncipe Zilah, á aquella alma generosa de otras veces, siempre dispuesta al perdon y á la piedad.

Andras esperaba con impaciencia el dia siguiente, y á las once de la mañana ya estaba en la casa cuyas señas le diera Fresnin, preguntando si vivia allí Pablo Jacquemin. Contestáronle afirmativamente.

Era una casita vieja, de pobre entrada, con su corredor oscuro y húmedo, del cual salian malos olores, una casa de obreros miserables, cons-

truida cuando aquel sitio formaba casi las afueras de París. Andras estuvo casi vacilando antes de entrar, no pudiendo creer que aquel elegante del *stik* y del *monóculo*, que hablaba desdenosamente de que en Engien no se veían *mujeres de fama*, habitase en aquella triste y mezquina vivienda. Pero al preguntar por Jacquemin, le habían dicho:

—Si, caballero, en el cuarto quinto de la derecha.

El Príncipe había llegado al quinto piso, y frente á la puerta de la habitacion que buscaba, todavía no podia creer que el Jacquemin que allí vivía fuese el mismo que vió el día anterior y que en los salones de la Baronesa era el *factotum* y el indispensable. Andras llamó, y pasados unos minutos, se abrió la puerta, apareciendo en ella una mujer joven, rubia, pálida, de hermosa cabellera algo despeinada, con una chambra blanca, que se abrochó al encontrarse con aquella cara desconocida, y una falda negra.

—¿El señor Jacquemin?—dijo Andras con el sombrero en la mano.

—Aquí es—dijo la joven algo admirada.

—¿El señor Jacquemin, el periodista?—añadió precisando más su pregunta.

—Sí, sí, caballero—respondió ella con cierto orgullo, que el húngaro no dejó de notar.

Entretanto había abierto la puerta del todo, y haciéndose á un lado para que pudiera pasar el visitante, siguió diciendo:

—Podeis pasar adelante, si quereis, caballero. Jacquemin no recibía visitas en su casa, pues

generalmente las citaba en la redaccion, y de aquí que ella se sorprendiese. Sin embargo, sospechando que aquel desconocido quizá trajera *trabajo*, como ella decia, para su marido, insistió en que pasara, y el Príncipe entró en la casa. Una antesala pequeña, un comedor reducidísimo que daba paso á la cocina y en el cual jugaban tres niños que tendrían de dos á cuatro años, fué lo primero que apareció á los ojos de Andras. Sobre la mesa se veían dos pares de guantes de caballero y algunas corbatas blancas recientemente lavadas, así como algunas camisas que sin duda estaba planchando la mujer aquella cuando sonó la campanilla.

También la mujer llamó la atención de Zilah. Pequeña, delgada, muy bonita, con esa palidez propia de la fatiga, con sus labios anémicos y lánguida mirada parecía una muchacha sin haberse desarrollado por completo.

—Sentaos, si quereis, caballero—le dijo adelantando una silla de junco que se caía á pedazos.

En aquella misera habitacion no había detalle que no revelase la estrechez con que vivían sus dueños. Zilah se sentía profundamente impresionado y sorprendido ante aquel pobre interior, ante aquella tímida mujer, ante aquel grupo de niños mal vestidos que le miraban atemorizados.

—¿No está en casa Mr. Jacquemin?—preguntó resuelto á irse en seguida si no veía á quien él buscaba.

—No, caballero, pero no tardará en volver. Sentaos un momento, os lo ruego,

Habia tal amabilidad en su manera de expresarse, y revelaba tal inquietud de que se marchase aquel desconocido, á quien ella suponía portador de alguna buena noticia para su marido, que el Príncipe no supo negarse, y maquinalmente se sentó.

—¿Es vuestro marido, señora, el que se firma *Puck* en *La Actualidad*?—preguntó.

—¡Sí, caballero, sí, él es—contestó ella con orgullo.

*Puck* ó Jacquemin, para aquella mujer que adoraba á su marido, á su Pablo, era lo mismo, y por eso no cabía de gozo cuando leía y oía comentar los artículos de *La Actualidad*.

—Sí, él es, caballero—continuó diciendo, mientras que Zilah, sin decir palabra, la miraba atentamente. En vez de los pseudónimos, como él dice, yo preferiría ver impreso su nombre verdadero, que es el mío; mas á lo que parece, esto de *Puck* escita la curiosidad y hace que las gentes se pregunten: «¿Quién podrá ser?» ¿Sin duda vos sois también del periodismo?

—No—respondió Zilah.

—¡Ah! Creí... Hacedis muy bien. Es un oficio muy pesado... Se retiran tarde... Y si viérais lo que el pobre Pablo tiene que trabajar, alguna vez hasta por la noche... Todo esto fatiga, y además cuesta... ¡Ah! perdonadme que no haya quitado de ahí esos guantes... los estaba lavando... A él no le gusta esto, porque dice que siempre se conoce... Y no es así, porque yo que soy mujer no lo distingo... ¡Además, lo hago con tal esmero! Hay que ingeniarse; cuesta; todo tan caro!...

—Me estraña que tarde tanto—dijo la pobre mujer escusándose de hacer esperar á Zilah.—Algunas veces almuerza en un restaurant... porque dice que en esos sitios se adquieren noticias...

Zilah empezaba á estar violento. Escitado por la cólera, había ido en busca de aquel botarate periodista, y en vez de esto, se encontraba con aquella pobre mujer humilde y agradecida que le hablaba de su Pablo como si fuese su Dios, y que ignorando completamente la vida de aquel hombre, solo se ocupaba en amarle y cuidarle, sacrificándose por él, y siendo la antítesis más rara de la vida de lujo que Jacquemin hacía fuera de la familia.

—¿No acompañáis nunca á vuestro marido?—le preguntó Andras.

—¿Yo? ¡Oh, nunca!—contestó la joven con una especie de espanto.—El no quiere. Y con razón. Cuando nos casamos, hace cinco años, él no era lo que ahora; era empleado en el ferrocarril del Oeste. Yo era costurera. Entonces estábamos mejor; íbamos juntos al teatro, á paseo; él no conocía á nadie. Pero ahora es diferente. Ya comprendéis que si la señora baronesa Dinati, por ejemplo, me viese del brazo de Pablo, esto no habría de darle mucho lustre.

—Os equivocáis, señora,—repuso el húngaro con amabilidad.—Os saludarían á vos antes que á él.

Sin comprender mucho, ella vió en aquella frase una galantería, y se ruborizó. Temiendo haber dicho alguna tontería, como le echaba en cara

Jacquemin, reprendiéndola casi todos los días, ya no se atrevió á continuar hablando.

—¿El señor Jacquemin va al teatro con frecuencia?—preguntó luego Andras.

—Sí, le es preciso.

—¿Y vos?

—Alguna vez. No á los *estrenos*, porque se necesita ir bien vestida, sino despues cuando ya hay menos entrada. Y aun así, voy poco, temiendo que á los niños les ocurra algo mientras yo estoy fuera, por lo cual no me divierto. Luego, como Pablo no puede quedarse... ¡Trabaja tanto el pobre! Me parece que hoy ya no vendrá—dijo tristemente.—Los pequeños se comerán un bifeck, á esto se reduce su comida; no les sentará mal.

A seguida cogió á los pequeños y los sentó alrededor de la pobre mesa cubierta de un hule, diciéndoles cariñosamente: «Sí, ¿teneis hambre? bueno, estád quietos, hoy os vais á comer el bifeck de papá.» Luego puso á calentar una taza de café con leche, que, junto con un trozo de queso de Italia, les sirvió de almuerzo.

Instintivamente se iba apoderando de Zilah la simpatía hácia aquella honrada mujer y buena madre, y á la vista de aquel cuadro conmovedor, sentia desaparecer poco á poco su cólera, á la que sustituía una piedad inmensa y una ternura que oprimía su corazón.

Recordando que habia ido á aquella casa resuelto á provocar á Jacquemin, se representaba Zilah la horrorosa escena que tendria lugar en aquella inocente familia si el periodista tenia la

mala suerte de volver á ella herido, y herido tal vez de muerte.

—¡Ah, pobre mujer! No seria Andras causa de semejante dolor, de tal afliccion. Entre su espada y el impertinente Jacquemin se interponia ahora aquella triste y santa mujer y aquellos infelices niños que se arrastraban por allí, medio olvidados, medio abandonados por el padre y que se educaban y crecian como Dios queria.

—Puesto que Jacquemin no viene, voy á dejaros que almorceis, señora—dijo Zilah levantándose y disponiéndose á marchar.

—¡Oh, no me incomodais, caballero! ¡Ya veis que no por eso he dejado mis tareas.

—Adios, señora—añadió Andras saludándola con marcado respeto.

—¿De modo que os marchais, caballero? Desearía saber qué he de decirle... qué es lo que queriais...

—No hay necesidad, señora, porque, á decir verdad, lo que yo venia á pedir á vuestro marido no tiene ya razon de ser. Pero esta visita no me pesa, porque me ha dado á conocer á una señora respetable, á la que ofrezco mi consideracion.

¡Pobre infeliz! Ella no estaba acostumbrada á tales cumplimientos. Más roja que una amapola balbuceó algunas frases de agradecimiento, quedando como desconsolada al ver alejarse á aquel hombre que se marchaba sin decir lo que quería y tras del que ella sintió un vacío como si desapareciese repentinamente con él una esperanza.

—¡Ah! qué secretos encierra la vida de Paris, —pensaba Zilah al bajar la escalera.

Cuando entró en su casa de regreso de aquella visita, se encontró á Yanski Varhely, que le estaba esperando, y en cuyo semblante se retrataba la inquietud.

—¿Qué ha ocurrido?— preguntó el antiguo husar.

—¡Nada!

Y le refirió cuanto acababa de ver.

—¡Qué París éste!—dijo en seguida.—Veo que para conocerlo bien es necesario penetrar en el interior de las familias.

Sentándose, cogió un pliego de papel y escribió:

«Caballero:

»Al publicar el artículo que habeis escrito, referente al principe Andras Zilah, habeis cometido una accion indigna. Un íntimo amigo del principe estaba resuelto á hacéroslo pagar caro. Alguien le ha desarmado. Esta ha sido la admirable mujer que tan honradamente lleva el nombre que le disteis y que con tanto valor sabe sobrellevar la vida que vos le dais. Mme. Jacquemin ha hecho olvidar la infamia de *Mr. Puck*. Pero otra vez que os pongais á hablar de las desdichas ajenas, fijaos un poco en vuestra existencia y aprovechad la eleccion de moral que de paso os da.

»UN DESCONOCIDO.»

—Ahora — dijo Zilah — hacedme el obsequio, mi querido Varhely, de encargad que lleven esta

cartita á Mr. Puck á las oficinas de *La Actualidad*, y al mismo tiempo decidle á vuestro criado que compre algunos juguetes, los que él quiera; ahí va el dinero, y despues los lleve á casa de Mme. Jacquemin, calle Rochechouart, número 25. Tres juguetes por lo menos, porque son tres los niños. Esto habrán ganado al fin los pobrecitos.